

Política, afectos e identidades en América Latina

LUCIANA ANAPIOS Y
CLAUDIA HAMMERSCHMIDT
(Coords.)



Política, afectos e identidades en América Latina

Política, afectos e identidades en América Latina / Anna Hickey-Moody ... [et al.]; coordinación general de Luciana Anapíos; Claudia Hammerschmidt. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Guadalajara: CALAS; San Martín: UNSAM; Jena: Universitat Jena; Alemania: Bundesministerium für Bildung und Forschung, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-117-7

1. Política. 2. América Latina. I. Hickey-Moody, Anna II. Anapíos, Luciana, coord. III. Hammerschmidt, Claudia, coord.

CDD 320

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Afecto / Identidad / Política / Giro afectivo / Teoría queer /
Feminismos / Emociones / Público / Privado

Corrección: Marcela Alemandi

Diseño de tapa: Ezequiel Cafaro

Diseño interior y maquetado: Eleonora Silva

Política, afectos e identidades en América Latina

Luciana Anapios
y Claudia Hammerschmidt
(Coords.)





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Política, afectos e identidades en América Latina (Buenos Aires: CLACSO, febrero de 2022).

ISBN 978-987-813-117-7



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar |

www.clacso.org



Asdi

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Introducción11

Luciana Anapios y Claudia Hammerschmidt

I. Reconfiguraciones afectivas de la identidad

La política afectiva de la fe23

Anna Hickey-Moody

Comunidades geográficas de pertenencia.

Interrogaciones y aportes que el nuevo materialismo trae consigo.

Comentarios a “La política afectiva de la fe”57

Silvia Grinberg

Afectos y emociones. Cuerpos y espacios en el ocio69

Gisela Paola Kaczan y Agustina González

Infancias “afectadas”. Los niños sobrevivientes en los procesos
de lesa humanidad y los sitios de memoria99

Mariana Eva Pérez y Ulrike Capdepón

Hijas desobedientes. Un uso justo de la vergüenza en la generación
pos-perpetradores en la Argentina131

Mariela Peller

Sobre la distinción entre afectos y emociones. Ventajas y limitaciones.....151
Mariela Solana

II. Reinenciones políticas en contextos de crisis

Las políticas de empoderamiento y la producción de afectos.
El caso del Programa Posadas Turísticas del Paraguay..... 165
Montserrat Fois

De credos y plegarias. Emociones e identidad política en los discursos
de Rodríguez Saá y Duhalde (Argentina, diciembre 2001-enero 2002)..... 185
Mariana Cané Pastorutti

Triunfalismo, derrota y crisis en Colombia.
Corolarios del “Plebiscito por la Paz” de 2016 209
Laura Bonilla Neira y Cristian Acosta Olaya

Duelo, gobierno y pandemia. Políticas del fantasma en México 227
Donovan Adrián Hernández Castellanos

Dinámicas de inclusión gerenciada en escuelas periféricas
de Buenos Aires y Córdoba. Identidades producidas y afectadas
en el cotidiano escolar 251
Cintia Schwamberger, María Cecilia Bocchio y Julieta Armella

La pandemia y los sindicatos: ¿un motor para repensar a largo plazo?
Desafíos y oportunidades para fortalecer la representación del trabajo 265
Tanja Petra Schindewolf

Bienestar emocional. La simplificación de la vida afectiva en el
paradigma hegemónico de la salud mental en tiempos pandémicos..... 283
Oliva López Sánchez

Pensamientos sobre el miedo y el cuidado.
El trabajo doméstico en la pandemia en Chile 305
Rosario Fernández Ossandón

III. Experiencias afectivizadas entre espacios íntimos y públicos

Trauma marica. El lugar de los afectos en el archivo sexo-disidente..... 317

Eduardo Mattio

De admiración, valentía, compañerismo y erotismo.

Huellas afectivas en los cruces entre trayectorias amorosas
y políticas de varones gays argentinos337

Maximiliano Marentes

¡MigrEmos! Emociones y migraciones en un mundo imago-céntrico.

Un estado del arte359

Laura Gherlone

“Darlo todo”. La entrega incondicional como componente fundante
del magisterio argentino y sus resonancias en el siglo XXI383

Ana Abramowski

Trabajo emocional y disonancias en las relaciones de pareja.

Desafíos teóricos y metodológicos..... 405

Zeyda Rodríguez Morales y Tania Rodríguez Salazar

Afectos, brasilidad y urbanidad. Una aproximación..... 429

Eliana Rosa de Queiroz Barbosa

Sobre los autores y autoras.....453

Sobre la distinción entre afectos y emociones

Ventajas y limitaciones*

Mariela Solana

La irrupción del “giro afectivo”,¹ en los últimos tiempos, trajo aparejado no solo un interés creciente por estudiar el papel de las emociones en la constitución del sujeto y el mundo sino también un deseo

* Una versión extendida de esta presentación fue publicada en el año 2020 bajo el título “Afectos y emociones. ¿una distinción útil?” en *Diferencia(s): revista de teoría social contemporánea*, 1(10).

¹ Si bien se comienza a hablar de “giro afectivo” recién a fines de 2000, sus orígenes suelen remontarse a mediados de la década del noventa, cuando aparecieron publicaciones –como “La autonomía del afecto”, de Brian Massumi, que analizaremos a continuación– que mostraron un interés renovado por estudiar el papel de los afectos, las emociones y la corporalidad en la constitución del sujeto y sus relaciones. Se trata de un campo interdisciplinario que incluye trabajos provenientes de la filosofía, la teoría social, la cibernética, la geografía, la teoría de género, la estética, las neurociencias, la psicología, entre otras disciplinas. En un trabajo previo (Solana, 2017), sostengo que es preferible referirse al giro afectivo como una condensación de intereses, como una tendencia generalizada o como un campo emergente porque de ninguna manera los autores incluidos bajo estos rótulos forman una escuela de pensamiento homogénea –algo que el presente escrito vuelve evidente. Lo que sí los une es un interés por poner en primer lugar dimensiones que fueron relegadas o malinterpretadas por la historia del pensamiento occidental: las emociones, lo corporal, la materia, los afectos. El giro afectivo suele rechazar no solo el dualismo mente-cuerpo y razón-pasión sino, fundamentalmente, la jerarquía del primer término por sobre el segundo (Solana, 2017; Macón y Solana, 2015; Gregg y Seigworth, 2010).

por comprender aquello que excede o escapa a la dimensión emocional: los afectos. Los afectos, entendidos como algo *diferente* a las emociones, son definidos como fuerzas o intensidades corporales que se producen por fuera, debajo o independientemente de las matrices sociales y discursiva que articulan y dan sentido a las emociones. Los afectos designan aquellos encuentros que involucran cambios –ya sea una mejoría o una disminución– en las capacidades corporales de quienes se encuentran, pero, y esto es el punto clave, lo hacen sin mediación de la conciencia ni del lenguaje (Gregg y Seigworth, 2010; Clough, 2007).

El objetivo principal de esta comunicación es, en primer lugar, examinar por qué una parte del giro afectivo considera necesario demarcar entre afectos y emociones; en segundo lugar, quisiera mostrar algunas ventajas y limitaciones de esta demarcación. Para alcanzar estos objetivos, me detendré en la obra de uno de los defensores más radicales de la necesidad de distinguir entre afectos y emociones: Brian Massumi.

Afectos y emociones: lo que los estudios culturales no pueden ver

En 2002 se publica *Parables for the Virtual*, un libro que sistematiza el modo en que Massumi concibe los afectos, el cuerpo y la política. El libro contiene “The Autonomy of Affect”, uno de los textos considerados fundacionales del giro afectivo (Gregg y Seigworth, 2010; Clough, 2007). *Parables for the Virtual* comienza con un gesto radical: identificando una serie de errores fatídicos cometidos por los estudios culturales hasta entonces. Según Massumi, el problema de estos estudios es que, a pesar de estar interesados en analizar el cuerpo, no tienen las herramientas para comprender sus características principales: su *movimiento*, su capacidad de *transformarse* y sus *sensaciones*. ¿Por qué? En primer lugar, el autor sostiene que la teoría cultural está más interesada en la posición que en el movimiento. El análisis de la

formación de la subjetividad –el tema central para estas teorías– se reduce a identificar la posición de un cuerpo en una grilla cultural conocida: “La grilla fue concebida como un marco oposicional de significaciones culturalmente construidas: masculino versus femenino, negro versus blanco, gay versus heterosexual, etc.” (Massumi, 2002, p. 2). Si bien un cuerpo puede ocupar múltiples sitios, y si bien esos sitios pueden desplazarse, esa multiplicidad y ese desplazamiento no son verdaderamente *novedosos* sino opciones *ya determinadas* por la grilla misma. El autor se pregunta: “¿No están las posibilidades de toda la gama de emplazamientos culturales, incluyendo ‘las subversivas’, precodificadas en la estructura ideológica general? [...] ¿Dónde ha ido a parar el potencial para el cambio?” (Massumi, 2002, p. 3).

Entender al cuerpo como un efecto de significaciones culturales solo permite comprender su detenimiento, no su movimiento ni su potencialidad. La distinción entre lo *posible* y lo *potencial* es central para el autor (tan central como lo es la distinción entre movimiento y posición, o entre afecto y emoción). Mientras lo posible remite a variaciones que son esperables de un cuerpo por su propia definición (por ejemplo, pasar de la niñez a la adultez) o que se siguen lógicamente de la estructura social (como los actos paródicos que resignifican normas preexistentes), lo potencial no sigue guiones, es impredecible e ingobernable.

Para poder entender el movimiento y la novedad que caracterizan a los cuerpos, es necesario ocuparse de otra de sus dimensiones soslayadas: las sensaciones. Según el autor, la sensación es un punto ciego de la teoría cultural ya que remite a una experiencia *no mediada*. El miedo a caer en el realismo o en el subjetivismo condujo a que la teoría cultural excluya todos aquellos fenómenos materiales que no están mediados por los sentidos sociales. Sobre este punto, cabe aclarar que la propuesta de Massumi no busca reflotar una idea de naturaleza cruda, innata o presocial. El carácter no mediado de la sensación implica que hay un nivel de la experiencia que no es consciente y que no puede ser expresado por los símbolos culturales dados; pero esto no implica que sea *innato*. El cuerpo puede desarrollar

hábitos y respuestas automáticas en virtud de su experiencia y su historia pasada pero estos hábitos y experiencias operan por debajo del umbral de la conciencia. Se trata de fenómenos que residen en el cuerpo y que son aprendidos pero que nos impulsan a actuar *antes* de que la mente pueda intervenir.

Estas sensaciones y reacciones corporales automáticas, pre- o no-conscientes, son lo que el autor denomina *afecto*. Cuando estas intensidades son articuladas, reconocidas y codificadas según símbolos y convenciones sociales, se transforman en *emociones*. Afectos y emociones, así, remiten a dos niveles independientes pero que entran en juego simultáneamente cuando percibimos un evento: el nivel de la intensidad (energía y fuerza corporal automática) y el nivel de la clasificación (que se sirve de discursos y convenciones sociales para dar forma y organizar el flujo de sensaciones). Las emociones logran ponerle nombre, llevar a la conciencia, darle un significado, volver familiar y comunicar lo que un cuerpo siente en un momento particular: “Una emoción es un contenido subjetivo, la fijación sociolingüística de la cualidad de una experiencia que es a partir de ese momento definida como personal [...]. Es la intensidad adueñada y reconocida” (Massumi, 2002, p. 28). Las emociones, en otras palabras, actualizan, determinan, dan sentido, vuelven consciente y codifican, según normas culturales, la potencia indeterminada que constituye a los afectos.

Massumi afirma que la relación entre ambos niveles no es de oposición sino de resonancia o interferencia: la emoción puede interferir con los afectos, bajando su intensidad, o resonar con ellos, amplificando sus efectos. Sin embargo, la mayoría de las veces que el autor describe la relación entre ambos, prima la retórica negativa de la captura, la domesticación y la reducción: “La voluntad y la conciencia son *sustractivas*. Son funciones derivadas, limitativas que *reducen* una complejidad demasiado rica como para ser funcionalmente expresada” (Massumi, 2002, p. 29, *mi cursiva*). En la emoción, lo indeterminado se determina, lo prepersonal se vuelve personal, lo potencial es actualizado, lo no consciente es reconocido,

las reacciones automáticas adquieren significado, la riqueza sensorial es limitada y lo caótico es domesticado por nuestras narrativas y convenciones. No obstante, siempre queda un resto indómito que no es capturado por las emociones.

Según esta perspectiva, la teoría cultural se beneficiaría de incorporar el estudio de los afectos no solo para lograr atender al movimiento y la transformación de los cuerpos sino también para entender al costado menos visible pero más fundamental de la política. La política no es una mera cuestión de convencimiento ideológico sino de resonancias afectivas. Deborah Gould (2010), quien sigue a Massumi en su distinción entre afectos y emociones, nos recuerda que las figuras políticas pueden interpelarnos más allá de sus discursos explícitos. Quizás lo que cautiva es su tono de voz, su mirada, su optimismo más que sus ideas. Por supuesto que hay procesos cognitivos, hábitos y una historia pasada que dan lugar a esos estados afectivos (nuevamente, no se trata de una naturaleza pura), “pero [lo afectivo] puede volverse independiente, incluso moverse en direcciones opuestas al pensamiento y razonamiento contemporáneo” (Gould, 2010, p. 29). Así, puedo verme atraída, cautivada o repugnada por una figura política aunque no pueda poner en palabras por qué o aunque contradiga algunas de mis convicciones previas. El punto que intentan demostrar Gould y Massumi es que hay formas de poder que interpelan al cuerpo a nivel sensorial, circunvalando el pensamiento consciente y la razón. Los medios y las campañas políticas, en ocasiones, tienen línea directa con nuestras sensaciones, sin pasar por la mediación de la reflexión.

¿Es conveniente distinguir entre afectos y emociones?

Ventajas y limitaciones

Como remarqué previamente, la distinción entre afectos y emociones ha dado lugar a varias polémicas. Desde diversas matrices teóricas se ha criticado no solo el modo en que se define cada uno de

esos términos sino también el valor metodológico y político de establecer tal distinción (Ahmed, 2015; Hemmings, 2005; Solana, 2017; Wetherell, 2012).

Lo que quisiera proponer en este trabajo es que se trata de una distinción que es, en principio, adecuada y teóricamente productiva. El problema es todo lo adicional que se construye sobre la misma. La noción de afecto es problemática porque funciona como un caballo de Troya: tras la fachada de una defensa inocente de las sensaciones se esconde una visión errónea de lo social como un espacio *determinista, predecible y políticamente limitado*. Además, también se esconde una celebración unilateral de la *espontaneidad* del cuerpo que, creo, debe ser revisada.

Antes de desarrollar la crítica, quisiera señalar algunas ventajas que se siguen de hablar de afectos. Creo que no solo es posible sino teóricamente útil distinguir entre sensaciones no-conscientes y expresiones conscientes. Existe todo un costado sensible, visceral, imposible de poner en palabras, inarticulado e irreductible a la razón, que esta vertiente del giro afectivo no solo *reconoce*, sino que *valora* en términos analíticos. No todas las relaciones sociales y políticas se juegan a nivel de intercambios verbales; identificar ese exceso, ese fondo barroso y caótico, permite dar una mirada más cabal de las prácticas humanas. Este énfasis en lo sensible no es nuevo ni necesariamente contradictorio con el análisis cultural y discursivo –y es en este punto en que difiero de Massumi. Sin embargo, el llamado a atender cómo la vida social se compone no solo de ideas, valores y normas sino de reacciones y “pensamientos” corporales por debajo de nuestros juicios y representaciones conscientes es estimulante para la investigación. Por ejemplo, nos enseña que no podemos limitar el trabajo de campo a lo que los sujetos expresan verbalmente sino que es necesario atender a las sensaciones que complican, y pueden entrar en contradicción, con las narrativas conscientemente articuladas. Esto es valioso no solo porque complejiza nuestros análisis sino también porque pone en jaque la creencia ingenua de que es solo a través del convencimiento ideológico que conseguiremos

la transformación política. Prestar atención no solo a lo que se dice sino a los eventos corporales que se producen en los actos políticos –cambio de tono, de ritmo cardíaco, risas, llantos, gemidos, temblores– nos permite tener una idea más cabal de cómo funciona la política. De nuevo, esto no es algo que inventa Massumi pero el énfasis que pone en atender a esta dimensión es sugerente.

El problema –y aquí sí avanzo a la parte crítica– es todo lo que se trafica a partir de esto. El primer punto que debemos revisar son los epítetos de inmediatez y autonomía que se asocian a los afectos. Los afectos no solo son definidos como sensaciones corporales por debajo del umbral de la conciencia, sino que además son caracterizados como *directos* y como constituyendo un sistema *independiente*. Esto ha sido criticado por autoras feministas como Ahmed (2015), Hemmings (2005) y Wetherell (2012). Según Ahmed, por ejemplo, “este modelo crea una distinción entre reconocimiento consciente y sentimiento ‘directo’, que en sí mismo niega cómo aquello que no se experimenta conscientemente puede verse mediado por experiencias pasadas” (Ahmed, 2015, p. 55). Recordemos, no obstante, que Massumi no quiere apelar a un innatismo ni a una naturaleza cruda. Entonces, ¿por qué habla de inmediatez y autonomía? La lectura que propongo es que ambos epítetos apuntan a una independencia respecto a la conciencia presente pero no respecto a experiencias pasadas. Habiendo dicho esto, coincido en que el problema es el vocabulario. Hablar de inmediatez y autonomía puede llevar a confusiones ya que claramente hay una historia pasada –por ejemplo, una historia de reacciones corporales– que habilita la generación de estados afectivos presentes. La idea de autonomía, no obstante, le permite a Massumi argumentar que los afectos pueden seguir su propio camino, un camino que no está *predeterminado* por los sentidos sociales presentes ni pasados. Lo que le molesta a Massumi no es el pasado sino el determinismo. Si bien las experiencias pasadas hacen mella en nuestras sensaciones, estas no son *efectos* del pasado en términos *causales*. Los afectos son impredecibles no porque no tengan

conexiones con el pasado sino porque no se siguen lógicamente de lo anterior. Los afectos, en síntesis, son contingentes.

Si bien esta lectura resguarda a Massumi de la acusación de inmatismo, lo preocupante, a mi entender, no es tanto la idea de inmediatez sino cómo su imagen de los afectos malinterpreta la naturaleza de las emociones y de la vida social. Si lo interesante de los afectos es que son no-deterministas y contingentes, ¿esto significa que el pensamiento consciente es determinista y que las emociones con deducciones lógicas de premisas sociales? Las emociones, a mi entender, pueden ser ambivalentes, sorprendentes y contingentes a pesar de estar codificadas por el lenguaje. Que las emociones estén estructuradas por patrones culturales no implica que estén determinadas por ellas. Quizás sea conveniente despojar no solo a los afectos sino también a las emociones de cualquier asociación al determinismo. En este sentido, coincido con Ahmed cuando advierte que el problema de introducir una categoría nueva, a la que se le adosan valores positivos, es que suele malinterpretar aquello a lo que se le opone. En sus palabras: “si de repente introducís un nuevo término, “afecto”, que es relacional y no intencional, no funciona, porque entonces la emoción es comprendida simplemente como intencionalidad” (Ahmed y Schmitz, 2014, p. 98). La introducción de la idea de afecto –con su énfasis en la novedad y la contingencia– dificulta entender que las emociones también involucran respuestas corporales que no son efectos causales de guiones y convenciones sociales.

Algo similar sucede cuando las teorías del giro afectivo repiten como un *mantra* la frase spinoziana: *nadie sabe lo que puede un cuerpo*. Puede ser que nadie sepa lo que puede un cuerpo pero parece que *todo el mundo sabe lo que puede la cultura y el discurso*. Cuando se habla de los afectos prima la retórica de la indeterminación, lo extraño, lo inarticulado, lo espontáneo, lo impredecible, lo que está libre de ataduras previas. En cambio, cuando se habla de lo cultural, lo social y el significado, prima la retórica de la captura, la fijación, la reducción, lo establecido, lo conocido, lo predecible. Esto se vuelve evidente en las siguientes palabras de Gould: “el foco en el afecto hace avanzar nuestra investigación al

obligarnos a ocuparnos de la complejidad e indeterminación del pensamiento y sentimiento humano y de lo impredecible que se introduce en el comportamiento político” (Gould, 2010, p. 29). ¿No nos ocupamos de la complejidad y la indeterminación si atendemos a las emociones? ¿No hay imprevisibilidad en los discursos y representaciones sociales?

El problema, en síntesis, es que esta vertiente del giro afectivo construye un paisaje *dual* en el que existen, por un lado, sensaciones corporales no mediadas por la conciencia, la voluntad y la cognición (que son indeterminadas, impredecibles y origen del cambio) y, por otro lado, una esfera social, lingüística y cultural (que aparece asociada a desplazamientos predeterminados, a la fijeza, a la captura de sentido y a la falta de vitalidad). Esto es problemático por dos motivos: por cómo entiende lo social y por cómo entiende lo corporal/sensorial. Antes nos preguntamos si no había posibilidad de contingencia, sorpresa y espontaneidad en la esfera social. Ahora agrego: ¿no hay respuestas sensoriales predecibles o habituales? Creo que hay un elemento sumamente valioso de la apuesta de Massumi: el señalamiento de que no toda referencia a lo fisiológico y sensorial implica determinismo biológico. Así, el autor nos permite reconocer que es posible tener una imagen dinámica y contingente de lo biológico, alejada de todo esencialismo. Sin embargo, reconocer la capacidad mutable e indeterminada de la corporalidad es solo una parte del asunto: también hay que atender a todos aquellos fenómenos somáticos que dan testimonio de su estabilidad, de su habitualidad, de sus reacciones esperables, de sus cristalizaciones. Y lo mismo puede ser dicho de lo social, lo discursivo y lo cultural: pueden ser espacios de reproducción de lo establecido, *pero también* constituirse en campos de subversiones, sorpresas y cambios contingentes.

Para finalizar

La tesis que quiero defender aquí es que la *transformación* y la *reproducción*, la *novedad* y la *repetición*, el *movimiento* y la *posición* no son lugares

establecidos en un mapa ontológico que divide el mundo entre afectos y emociones o entre sensaciones y discursos o entre lo inmediato y lo consciente. Las sensaciones corporales no siempre son espontáneas e indeterminadas ni las prácticas culturales son tan fácilmente predecibles o fijas. Puede haber tendencias al detenimiento o impulsos transformadores en ambos lados. Esto no es algo que se pueda determinar *a priori* sino que debe ser el resultado de la investigación. Si una práctica reitera convenciones pasadas, da lugar a algo novedoso o hace ambas cosas al mismo tiempo (como suele ser el caso) es algo que solo lo sabremos analizando la práctica en cuestión. Massumi tiene razón al defender al cuerpo y los afectos como fenómenos potencialmente contingentes frente a quienes temen que apelar a la biología conduce al determinismo biológico. Pero no debería trasladar la acusación de determinismo al plano cultural y lingüístico.

Más allá de las ventajas, es necesario revisar la demarcación clara y férrea entre afectos y emociones porque dificulta capturar la complejidad de la experiencia de los cuerpos humanos. Cuerpos que sienten, piensan, repiten hábitos, improvisan, sorprenden y aburren. Y, usualmente, *hacen todo esto al mismo tiempo*.

Bibliografía

Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG.

Ahmed, S. y Schmitz, S. (2014). Affect/emotion: orientation matters. A conversation between Sigrid Schmitz and Sara Ahmed. *Freiburger Zeitschrift für Geschlechter Studie*, 20(2), 97-108.

- Clough, P. T. (2007). *The affective turn*. Durham: Duke University Press.
- Gould, D. (2010). On affect and protest. En Staiger, J.; Cvetkovich, A. y Reynolds, A. (eds.), *Political Emotions* (pp. 18-44). Nueva York: Routledge.
- Gregg, M. y Seigworth, G. (2010). An inventory of Shimmers. En Gregg, M. y Seigworth, G. (eds.), *The Affect Theory Reader* (pp. 1-25). Durham: Duke University Press.
- Hemmings, C. (2005). Invoking affect. Cultural theory and the ontological turn. *Cultural Studies*, 19(5), 548-567.
- Macón, C. y Solana, M. (2015). Introducción. En Macón, C. y Solana, M. (eds.). *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (pp. 11-40). Buenos Aires: Título.
- Massumi, B. (2002). *Parables for the virtual*. Durham: Duke University Press.
- Solana, M. (2017). Relatos sobre el surgimiento del giro afectivo y el nuevo materialismo: ¿está agotado el giro lingüístico? *Cuadernos de Filosofía*, 69, 87-103.
- Wetherell, M. (2012). *Affect and emotion. A new social science understanding*, Londres: Sage Publications.